

PALABRAS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MANUEL ALONSO OLEA

Mis colegas Alfonso López Quintás y José Luis Pinillos Díaz han hablado con más conocimientos y autoridad, y con más acierto desde luego que con el que yo lo haré, de los tan copiosos como relevantes méritos de la biografía ejemplar de nuestro llorado colega Gonzalo Fernández de la Mora y Mon. Y a las mías, seguirán, las seguro estoy, luminosas y profundas de Antonio Millán Pueyes.

Éstas, entre otras que serán obvias en seguida, marcan el contenido tan personal y tan injustamente breve de lo que sigue.

Gonzalo y yo fuimos, nacidos ambos en 1924, de la misma generación y hasta de la misma quinta, como antes popular y tradicionalmente se decía y ya ni siquiera jurídicamente se puede decir, desaparecido el servicio militar obligatorio en tiempo de paz. Esto fue lo que hizo que nos encontráramos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid al comenzar ambos los estudios de Licenciatura en octubre de 1941. Me remonto pues a más de sesenta años atrás para recordar cómo la tal coincidencia vino a ser mucho más que topográfica y aún más que académica. Porque desde el primer momento fuimos buenos amigos, compartiendo bancos y tableros, preocupaciones y satisfacciones, posiciones elogiosas o críticas.

Seguro estoy de que él, como yo, hubiera recordado en este momento, si Dios hubiera querido que las tornas fueran otras, a nuestros compañeros de grupo; a Ricardo Gómez-Acebo, Letrado del Consejo de Estado, que más tarde sería su Subsecretario en el Ministerio de Obras Públicas; a José Batista Montero-Ríos, honra y prez de la carrera notarial, gallego de pro, que comenzó su carrera en las Notarías de Puente Caldelas primero y Redondela después; a Jesús González Pérez nuestro compañero en esta Casa; y a la pléyade de diplomáticos de nuestra promoción o con ella coincidente: Nuño Aguirre de Cárcer, Carlos Fernández-Shaw, Alberto Pascual Villar, Miguel Solano Aja, que con el mismo Gonzalo dieron lustre y buen decir y hacer a la Carrera diplomática.

Quizá también hubiera recordado a Carmen Laforet con la que, si no compartimos sus primeros pasos novelísticos de los tiempos de *Nada*, sí participamos en ellos de alguna lejana forma.

Fue Gonzalo en la Facultad de Derecho un alumno espectacular, porque a la brillantez de su mente, unía el fervor y el entusiasmo en la exposición de su pensamiento de forma que, todos los que con él estudiamos, somos tributarios de alguna manera de uno y otra, como una y otra vez he tenido personalmente ocasión de comprobar.

A nuestra promoción 1941-1946 de la Facultad de Derecho en la Universidad Central la llamó el Decano Iturmendi «la Muy Leal Promoción» y en las reuniones que ésta tuvo con motivo de sus sucesivos aniversarios, organizadas por un amigo entrañable y también compañero de promoción de ambos, Enrique Castellón Fernández, alguna de ellas en mi casa, fue Gonzalo, digo, el punto de encuentro del grupo, el *meeting point* de todos, por así decirlo, los aeropuertos importantes de nuestras reuniones.

De nuestras reiteradas conversaciones en esta Casa con ocasión de su biblioteca a ella donada, o a propósito de libros cuya adquisición justamente recomendamos, hago omisión.

No tanto puedo hacerla de una larguísima —prolongada durante muchas horas— conversación en su casa, junto al Monasterio de Poio en la cual, por así decirlo, recapitulamos episodios de nuestras vidas propias y de la de nuestros amigos y hablamos de nuestra Religión y de nuestra Patria; tampoco, volviendo hacia atrás puedo olvidar nuestros largos paseos, comentando la recién acabada lección del día de Zubiri, a cuyos cursos fuimos asiduos; o, retrocediendo todavía más en el recuerdo, nuestras discusiones sobre las lecciones luminosas de Javier Conde que abrió para sus alumnos de 2.º de Derecho a Platón, San Agustín, Hobbes o Bodino.

Dije al principio que éramos de la misma quinta y, porque lo fuimos, hicimos juntos el comienzo de nuestro servicio militar en las dos largas temporadas de tres meses en el campamento de La Granja de San Ildefonso, obteniendo la graduación de Alféreces de complemento.

Allí quizá, o quizá después, sin saber a ciencia cierta por qué, surgió nuestra afición a los temas aeronáuticos, de los que abundantemente hablamos, al hilo de nuestros viajes por el mundo, que, si no peripecias de tiempos remotos, sí eran más aventurados normalmente, y más largos siempre, de los que hacemos ahora.

Aún podría, creo, seguir narrando recuerdos de una amistad como la de Gonzalo y mía, mantenida a lo largo de más de sesenta años, y de la que fui extenso beneficiario.

Espero, querría, que, su brevedad no obstante, lo que precede de alguna forma haya rendido un homenaje personal mínimo al Excmo. Sr. D. Gonzalo Fernández de la Mora y Mon, que Santa Gloria haya.

